DÍA DE LA MONTAÑA
DÍA DE CANTABRIA

Isabel Tocino Biscarolasaga

1989

Escribió Cervantes que la gratitud debe considerarse un placer. Vais a permitir, amigos y paisanos de nuestra tierra cántabra, que sienta muy en el fondo del corazón el placer de agradecer esta ocasión que me brindáis de acompañaros en el Día mayor de Cantabria en esta bendita ciudad de Cabezón de la Sal, culta y emprendedora, de tradiciones laboriosas y mercantiles, artísticas y literarias. No soy forastera en esta tierra. Soy, como tantos paisanos nuestros, una mujer que vive la pasión y la tensión de Madrid, que trabaja y sueña lejos de la Montaña, pero que siempre ha dicho a quien ha querido oír la voz de su corazón, que desea regresar un día a la tierra de su nacimiento para quedarse en ella. No es mi sentimiento de gratitud una mera fórmula nacida de la cortesía. Es la afirmación de una realidad. Amigos de Cantabria, amigos de Cabezón de la Sal: Gracias.

Pregonar es, según el *Diccionario de la Real Academia*, en una de sus acepciones principales, «publicar, hacer notoria en voz alta una cosa para que venga a noticia de todos». Y heme aquí, ante vosotros, en la grata labor de publicar las fiestas que se enmarcan en el Día de Cantabria, ejerciendo el hermoso oficio de pregonera, por más que bien sepáis todos de qué va la feria, y no sea necesario hacer notoria en voz alta vuestra alegría, como correspondería formalmente al menester de quien pregona. La alegría de la fiesta de Cabezón de la Sal no tiene, a través de los años, medianerías ni límites. Es la fiesta de Cantabria toda. La fiesta de una tierra abierta y laboriosa, de rancia historia, de belleza incomparable, cuyas aportaciones a la común historia de España han sido y son singulares. Ilustres antecesores míos en esta honrosa misión de pregonar la fiesta, que hoy por vuestra generosidad me corresponde, han cantado unas características y han proclamado unas virtudes en las gentes y en las tierras de Cantabria que, con su solo enunciado, servirían para situar a escala nacional la importancia de cuanto es y cuanto ha dado Cantabria a esa comunidad de afanes que es España. Víctor de la Serna quería colocar esta sencilla leyenda, al paso de la cordillera, en el punto desde el que los viajeros montañeses repoblaron Castilla en los primeros tiempos de la Recon-

quista: «Aquí empieza esa cosa inmensa e indestructible que llamamos España».

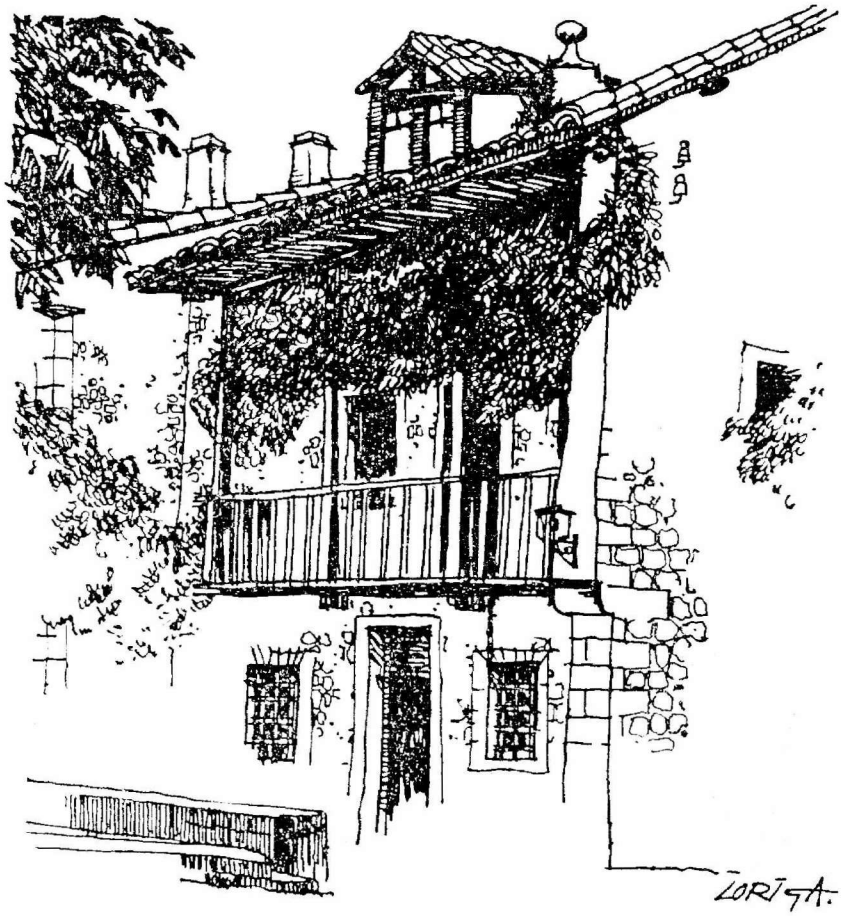
Hoy, nuestra Cantabria es comunidad autónoma.

Fue conseguida en un proceso riguroso y sereno, en cuya idea fue adelantado vuestro ayuntamiento de Cabezón de la Sal y al frente del mismo vuestro alcalde Calzada.

Esta comunidad no hace sino representar el papel que históricamente le ha correspondido a nuestra región: ser la laboriosa punta de lanza de un afán común, de una pluralidad enriquecedora; Menéndez y Pelayo acertó a expresarlo —¡cómo no!— justamente: «No puede amar a su nación quien no ama a su país nativo y comienza por afirmar ese amor como base para un patriotismo más amplio. El regionalismo egoísta es odioso y estéril, pero el regionalismo benévolo y fraternal puede ser un gran elemento de progreso y quizá la única salvación de España». Cantabria nunca ha sido egoísta, y su sentimiento regional es fraternal y generoso. Exactamente como deseaba don Marcelino.

Si ese amor al país nativo es una honra, tenemos la suerte, que debemos a Dios, de que este país nuestro sea Cantabria. ¡Qué hermosos nos llegan al alma sus paisajes! ¡Qué verdes sus campos y qué azules sus mares y sus cielos! Todos los ecos de nuestra geografía nos desbocan el corazón desde emociones diversas, y sobre todo a quienes, como vuestra pregonera de hoy, debemos vivir lejos. Cada nombre nos salta el sentimiento. Aquí, en Cabezón de la Sal, como eje de nuestros puntos cardinales, entre los caminos de las Asturias de Santillana y las de Oviedo, entre la meseta y el mar, en las añejas cercanías de las salinas remotas de Estrabón, al alma cántabra le llegan nombres con duende, nombres con ese sentido que da el tiempo y el madejar de la emoción.

Así Castro Urdiales, la villa más antigua del litoral de Cantabria, con su iglesia de Santa María y sus playas de Brazomar y de Oriñón. Así Laredo, el gran puerto de la Edad Media, uno de los cofres más ricos del turismo en el norte de España. Así Santoña, con su simpar bahía, y las playas de San Martín y Berria, y su iglesia de Santa María del Puerto, una joya de estilos: románico, gótico y el eco bizantino. Así Noja, uno de los *boom* de la riada turística en Cantabria. Así Suances, mimada por el río Saja a su llegada al mar. Así Comillas, universitaria y cultural, hermosa y distinta. Así San Vicente de la Barquera, la histórica villa del emperador Carlos, de sabores marineros, con la bella iglesia románica de Nuestra Señora de los Ángeles. Así Torrelavega, cuna de los Garcilasos y de los Lopes, cabeza de la minería y de una floreciente industria. Así Santillana del Mar,



La casa de Concha Espina, en Luzmela.

cuyo nombre no precisa más estrambote: la luz de la piedra en su colegiata y en su caserío. Así el milagro vivísimo de Altamira. Así Reinosa, en el Alto Campoo, tan rica en recursos y posibilidades turísticas. Así Potes, capital del valle de Liébana, con Santo Toribio de Liébana, custodia emocionada del *Lignum Crucis*... Y se podría seguir hasta el infinito, porque cada nombre de la geografía de Cantabria es una puerta abierta a la leyenda, al ensueño, al canto de la historia.

Es el Día de Cantabria y, como tal, es el día de todos los cántabros, sin distinciones. La sana alegría aúna los sentimientos y amansa y difumina las diferencias. Aquí escuchamos a los picayos, con su sencillez amable, o a las rondas de las marzas; aquí las panderetas, el

requinto, el pito y el tamboril. Aquí el pastoril rabel de la Montaña. Aquí los bailarines de la Baila de Ibio... Todos elementos de una sabiduría popular crecida en los siglos, árbol sonoro que desgrana emociones y ensancha el corazón como un valle más de nuestros valles, como un río más de nuestros ríos, como una playa más de nuestras playas.

Las gentes de Cantabria llevaron el nombre de la Montaña por esos mundos. Entre todos ellos quiero destacar al universal Pereda, que supo retratar como nadie el carácter de nuestros paisajes y de nuestros paisanos. ¿Cómo no recordar, en esta tierra que es cuna cierta de la más rancia hidalguía española, aquel señor de la Torre de Povedaño, espejo de los caballeros y de agricultores, que tenía ásperas las manos como «del roble secular de aquellos erguidos montes», que nos refleja el autor de Polanco en *Peñas Arriba*?

De nuestra Cantabria fueron Juan de la Cosa, y los virreyes Mendoza, Arredondo o Cagigal; y Corro, el inquisidor; y Antonio de Guevara, cronista de Carlos I; y Acevedo, patriarca de las Indias; y vuestro Fernando Cueto; o Pedro Velarde; o Garcilaso; o Quevedo (que recordaba su solar montañés); o Lope; o Calderón; o don Marcelino, ya nombrado; o José del Río Sainz; o Gerardo, jándalo de los sueños; o María Blanchard; o Solana; o Concha Espina; o Pancho Cossío; o Monasterio; o Argenta; o los dos nombres señeros de Juan de Herrera y de Fernán González, el uno hacedor de El Escorial, símbolo de símbolos universales, y el otro forjador de algo que un día se haría unidad desde Castilla, remoto obrador de España. Y tantos y tantos otros cántabros que hicieron y se hicieron historia por el mundo. Para su gloria y para nuestra gloria de paisanos suyos.

Comience la fiesta de toda Cantabria, dedicada la jornada a exaltar nuestras costumbres, nuestra tradiciones, nuestra historia y nuestra gastronomía. Gustaréis de las quesadas y de los sobaos del Pas, del tostadillo de Liébana, de los quesucos, del orujo de Potes, de la borona, de la lecha de vaca reciente y purísima... Y viviréis la celebración con la alegría que da la paz de todo festejo. Que corra aquel vino que solicitaba el buen don Francisco de Quevedo, pero no más de lo necesario y prudente ni menos de lo deseable. Que no olvidemos el componente religioso de toda la fiesta: la celebración festera tiene un punto de mira allá en lo alto, a las plantas de la Virgen del Campo. Y, sobre todo, que chicos y grandes pasemos esta festividad de nuestra Cantabria dejando a un lado los problemas de cada día, olvidando aquello que pudiera empañar la fiesta, siendo todos una piña de esperanza, sin quiebras y sin sombras. Como la luz de nuestros altos picos, y el horizonte limpio de nuestro mar.

Demos hoy el abrazo a la Cantabria entera, a la Cantabria de ayer, con esperanza e ilusión en la Cantabria de mañana que hemos de construir con tesón y fe. Y, en medio de este abrazo, coloquemos a Santander, nuestro Santander, rincones de ensueño y de simpar hermosura. Con emoción pronuncio nombres con alma: Puertochico, jardines de Piquío, playas del Sardinero, el Promontorio, la Magdalena, muelles de Maliaño, paseo de Pereda... Todos son ecos del corazón, ese corazón que late en Santander, para toda la tierra cántabra, alrededor de la plaza Porticada.

Aquéllos que, como yo misma, trabajamos para que la convivencia entre los españoles se organice mejor —desde una solidaridad mayor; con unos servicios públicos más eficaces; con un protagonismo más evidente del hombre en la sociedad y una menor injerencia del Estado—, entendemos una fiesta, una celebración como ésta que toma hoy carta de alegría, como una ocasión para recordar ese protagonismo del pueblo. Ese primer plano de lo popular, que no tiene que ser vulgar; que es natural, sencillo, autóctono, y significa, en definitiva, paz que, al tiempo, es alegría. Y, necesariamente, tiene un componente de solidaridad. No estamos celebrando aquí el Día de Cantabria porque creamos que somos el ombligo del mundo sino porque para nosotros es lo más cercano, lo que mueve nuestra emoción, y alza el amor a nuestra patria chica, conscientes de los valores de las otras regiones, y custodiando nuestro solidario sentimiento hacia todas ellas.

Una nota característica de esta fiesta es la belleza, aquí representada no por la nostalgia de cada rincón de la geografía de nuestra tierra cántabra, aunque los sintamos todos en el corazón, sino también por la hermosura de nuestra reina Ana Pérez-Bustamante García-Zúñiga. Es sabido que pienso que la belleza en la mujer es un hermoso y delicado añadido, unida a su inteligencia y a su capacidad, a su tesón, a su trabajo. Nada le debe estar regalado a la mujer como nada le está regalado al hombre. Presido una asociación de mujeres que entiende la importancia de la mujer en el mundo de hoy por encima de las meras lisonjas, de las palabras huecas y de las fáciles —y a veces demagógicas— propagandas. Unir femineidad, belleza y juventud es trilogía de dulces realidades, y es, precisamente, lo que acontece en esta fiesta con la reina y sus damas. No quiero dejar de destacar, en el colofón de mi pregón, lo grato que es para mí resaltar cariñosamente la gracia gentil de estas bellas jóvenes, que aportan la hermosura y la esperanza de futuro a nuestra fiesta.

Quede concluido mi menester de pregonera de este Día de Cantabria, como corresponde al oficio que me habéis encomendado con tanta generosidad: «De orden de la autoridad queda proclamado este nuevo

Día de Cantabria, en la ciudad de Cabezón de la Sal, para general conocimiento y natural regocijo de propios y extraños». Que la fiesta sea en paz y para bien, como corresponde a una tierra culta como es la nuestra. Así sea, como solicita de la Santísima Virgen del Campo vuestra humilde pregonera.

Muchas gracias.

Isabel Tocino Biscarolasaga